

# LA NOCHE

José Antonio Cotrina

La noche es el reflejo del alma de la ciudad dormida.

El niño insomne da una vuelta en la cama, y otra, y otra más. La manta se ha convertido en un bulto exiliado a una esquina del colchón. Mañana es el cumpleaños del niño y está impaciente, deseando que llegue el amanecer para dar la bienvenida a sus nueve años.

Su madre le ha regalado una radio increíble, si colocas bien la antena puede llegar a captar emisoras extranjeras, de esas en las que sólo entiendes el nombre de tu país, y eso, si tienes suerte.

Su padre le ha dicho que su regalo se lo dará mañana y que será muy especial.

La noche es la excusa del sol para no dar la cara.

—Lo siento —dice el enamorado cogiendo las manos a la chica y mirándola con fijeza.

—Está bien, lo comprendo —dice ella. En el campo de sus ojos florece una lágrima.

—¿Me... me podrás perdonar?

Ella mira a los diamantes que parpadean en un cielo azul oscuro y suspira... ¿cómo no perdonar en una noche como ésta?

—Sí —dice—. Siempre.

La noche no es más que el día pintado de negro.

En el sucio callejón, el viejo mendigo busca una postura más cómoda en el montón de periódicos sobre los que duerme el sueño de los justos tratados injustamente.

En la boca del viejo relucen tres brillantes dientes torcidos y careados.

Algo se clava en su costado, se incorpora y coge el molesto objeto: es una enorme cartera negra, tan raída y castigada por el paso de los años como él.

—¿Y tú? ¿Tú qué haces aquí?

La abre y, cuando ve los fajos de billetes del interior, una mancha de felicidad se derrama sobre su alma. Sonríe, y su sonrisa es una luna creciente.

El viejo abraza la cartera, lo hace con la misma fuerza y alegría con la que se abraza a un viejo amigo, reencontrado después de un largo tiempo.

La noche es una cotilla reincidente.

La prostituta camina por las calles solitarias, pensando en qué mal asunto, ni un cliente en toda la noche. Bueno, en realidad no se extraña, una noche tan perfecta como la de hoy es para estar en casa, con la familia, o para ir al puerto a escuchar el suave arrullo de las olas. Quizá vaya mañana al puerto.

Su hermana ha escrito, le dice que ha abierto un restaurante y que si quiere puede ir a trabajar allí, como camarera o cocinera.

—Quizás —dice la prostituta en voz alta— quizá vaya mañana, o pasado mañana ¿quién sabe?

La noche es la otra cara de la moneda falsa en la que vivimos.

Una niña duerme, soñando con el perro vagabundo que vio por la tarde.

—Papá... papá... ¿podemos llevárnoslo a casa?

—¿Qué dices hija? Vete tú a saber dónde habrá estado ese perro, mira, mira lo sucio que está.

—Ya lo bañaré yo.

El perro ladeó su graciosa cabeza y sus grandes ojos brillantes parecieron sonreír.

—Venga... ¡Vamos! —gritó el padre, insistente.

—Por favor... está solito.

—¡No digas tonterías, niña! ¡Venga, anda!

La niña miró una vez más atrás, mientras su padre la llevaba casi arrastras de la mano.

Los ojos del animal habían dejado de brillar.

Una niña duerme, en su boca una sonrisa asoma en su rostro embadurnado por las lágrimas, es la falsa felicidad de los sueños.

Hay un pequeño perro muerto al final del camino. Unos niños lo mataron a patadas.

Una mujer les gritó que dejarán en paz al pobre animal. Las bestias no hicieron caso y siguieron descargando su rabia sobre el perro hasta que sus ojos se apagaron, velados en sangre y dolor. Sólo ladró una vez, y fue un ladrido corto, seco, como si preguntara por qué.

En una casa del centro un niño llora sin cesar, su padre le consuela, diciéndole que ya verá, que mañana aparecerá Boliche y podrá volver a jugar con él.

Sobre la mesilla la foto de un pequeño perro les observa, tiene la cabeza ladeada, y sus grandes, sus profundos ojos parecen sonreír.

El aire de la noche no es aire, es el soplido que va hinchando las velas del amanecer.

El niño insomne salta de la cama, las brumas del amanecer se escapan del horizonte.

El niño suelta una risita tonta al notar las cosquillas del suelo frío en las plantas de los pies, luego se acerca a la radio y tras estar pensativo un momento la enciende con mucha solemnidad y pompa.

Abre la ventana de su habitación y mira al cielo escarlata del alba. Las estrellas todavía se muestran inseguras de marcharse, parpadean, se cubren de nubes y susurran con el viento; entonces una de ellas se desgaja del firmamento agonizante.

—¡Una estrella! ¡Una estrella fugaz! —el niño insomne se pinta una sonrisa en la boca— ¡Un deseo! ¡Tengo derecho a un deseo!

El corazón del niño es demasiado pequeño para contener su alegría.

Ajena a la felicidad del niño, la radio recita el parte meteorológico.

“ Hoy, seis de agosto de 1945 el cielo está descubierto sobre nuestra ciudad.

Sobre Hiroshima.”